Cuando en la calle todos supieron que me agitaba las faldas un eunuco ni en los hipermercados mantuve mi turno de derecho, los peores pollos, las peores frutas, la carne muerta de siglos comí durante años. Ésta es la paga de los soldados. Ésta es la devoción a la filantropía.

Me visitaba con ardor como a una feria de tinglados. Me visitaba con valor, con dolor, con sangre en las manos heridas semanalmente.

Juntos subimos a las terrazas de la ciudad a ver pasar aviones de más cerca, a ver pasar de lejos a las niñas con carteras marrones llenas de oscuridad y letras, detrás huyendo perros.

A veces en los andamios del olvido hacíamos el amor por poco tiempo y aún duraba. Era la primera ceremonia y nos quedaríamos con savia en la garganta porque el amor sobrevenía con un lujo de ola que no cae; decidme, y era justo el peor gesto, el peor vino, y era amargo volver a la calle con mi nombre terrible acaudillando enfermos, largas filas de locos para besar mis pies.

Qué doloroso final con una copa estrujada como en el cine y las insepultas manos del que sufre sin término.

Venía en silencio triste a verme, venía con todas las crucifixiones, venía a devorarme con sus ojos de acróbata en silencio triste en medio del silencio. Era duro arroparle y darle asiento; era duro amarle y le besé el muñón; ahora hay tripulantes con un loro y mi tristeza, y colas infinitas de niños sin un ojo y lisiados de guerra que llegan a velarme el sueño del infierno en que me incendio desde la hora primera de la noche rasa, cuando nadie pasea con gafas y relojes, cuando sólo los perros orinan en los parques y un desorden de calvos se lleva la ciudad a alguna parte de la noche.

Venía con los versos descolgándose a las ocho; con el pantalón lleno de versos incompletos, malherido venía a verme con los ojos de madera con un círculo en el centro negro y un alfiler para sujetar el verbo, la pupila.

Llovieron jarabes sobre nuestras cabezas, llovieron sentencias, palabras de metal puro y ardido, llovieron cuchillos y dientes de peón, y la cama intacta con su espacio de luna de tela se abrió para quemarnos con los brazos extendidos del averno.

Yo le decía te amo, te amo, yo le decía alguna vez la piel, pero era inútil, la sangre volvía a su cauce en el miedo y mi cuerpo atravesado de agua santa como una cicatriz de leche comenzaba a curar en forma de ángel.

Luisa Castro, “Cuando en la calle todos supieron que me agitaba las faldas...”
*Los versos del eunuc*o. Madrid: Hiperión, 1986; pp. 14-15